

UNA CASA EN CÁDIZ

Por RAFAEL MANZANO MARTOS

La arquitectura y la urbanística gaditanas tienen características peculiares que le dan su fisonomía irreplicable. Son los “invariantes castizos” en que nos introdujo mi maestro Fernando Chueca en un libro admirable de su juventud. Es el *genius loci*, que decían los latinos, de esta ciudad trimilenaria, la más antigua de Occidente, celosa guardiana de sus tesoros arqueológicos del mundo antiguo, modesta en su edad media musulmana, pero mimada por la fortuna, tras su conquista por el Rey Sabio, que, enamorado, la soñó como cabeza de un imperio marítimo de la Corona de Castilla, que quedó en sueño irrealizado. Por eso, esta ciudad ignoró la época medieval, mínimamente representada por un capitel califal, unas capillas de su catedral vieja y una bella portada y ventanaje de su palacio episcopal primitivo. Pero todo ello y lo que sería su mínimo resurgimiento renacentista iba a ser saqueado e incendiado en 1596 tras la ocupación por la tropa angloholandesa del almirante Howard y del Conde de Essex tras el fracaso de Drake de 1587. Todavía en 1625 habría otro ataque angloholandés fallido del III Duque de Essex y de Guillermo de Nassau, vencidos en esta ocasión por el octavo Duque de Medina Sidonia, y conmemorada la victoria en el espléndido cuadro de Zurbarán del Salón de Reinos del Buen Retiro madrileño.



Fig. 1

Pero tras estos descalabros vendría la Edad de Oro de Cádiz que iba a renacer de sus cenizas, para convertirse en una bellísima ciudad moderna, con un trazado hipodámico múltiple y encajado en las diversas áreas marcadas por su topografía, hábilmente enlazadas por bivios y espacios abiertos, a veces triangulares, que dan variedad a la monótona cuadrícula inventada por los griegos y que nosotros aplicamos rígidamente a nuestro urbanismo vi-reinal en América.

A lo largo de los siglos XVII, XVIII e incluso XIX, se desarrolló sobre esta planta urbana una ciudad compacta, homogénea pero diversa, con un caserío que, como en un caleidoscopio, repite unos prototipos de edificios residenciales muy similares, pero capaces al mismo tiempo de crear una rica variedad de formas que definen ese espacio, con brillos de cristal y sombras, sombras luminosas, siempre sin tristeza, y todo coronado por la línea azul del cielo que se funde en sus extremos con el color del mar o con el verdor de sus plazas, parques y jardines, Una ciudad bellísima, única e irrepetible la más antigua, y al tiempo la más moderna de nuestras ciudades históricas. A su historia antigua, iba a sumarse en la moderna, el traslado a Cádiz de la Casa de Contratación y Consulado del Mar de Sevilla en 1717, que la convirtió en Emporio del Orbe, y la Cádiz Ilustrada que cantó fray Gerónimo de la Concepción. Su papel en la Guerra de la Independencia como capital última e invicta de la España invadida por Napoleón, sede de sus Cortes, la convirtieron en asiento del liberalismo español y de la política decimonónica de España, y en cuna de grandes oradores cívicos. Todo ello determinó su belleza tardobarroca, neoclásica e isabelina, tan característica de los interiores de sus viviendas y de su mobiliario, labrado en caobas llegadas de Cuba más próximo al estilo “biedermeier” europeo que el de la vieja tradición peninsular. Por todo ello, cualquier operación de cirugía arquitectónica, la pura sustitución de una célula urbana, de un edificio, sea siempre una intervención de alto riesgo.

Nunca había trabajado en Cádiz como arquitecto. Quise hace cincuenta años ocuparme de su deteriorada Catedral, pero nuestro inolvidable amigo Florentino Pérez Embid, entonces Director General de Bellas Artes, no me lo concedió, para no

distraerme de otros trabajos que él programaba en el entorno de Sevilla y de la Sierra de Aracena. Años más tarde, proyecté una estación marítima en aquel puerto, de gran pureza clasicista, que hubiera dado un alzado al borde marítimo muy integrado en la ciudad. También un espaldón pétreo para ocultar el muelle de contenedores que había surgido, provocando fuerte contestación ciudadana, y que hubiera resuelto el problema planteado. Pero todo se frustró luego, como tantas ilusiones de tantos arquitectos. Más tarde, realicé modestas intervenciones en la Santa Cueva, pero nunca trabajé en el caserío de mi siempre añorada, y siempre vista desde la nostalgia, ciudad natal.

Ahora, por fin, recibí el encargo de ¿restaurar? ¿reconstruir? ¿reinventar? No sé, una casa, nada menos que en la Alameda de Cádiz, delicada operación que he realizado junto a mi hija Julia, también arquitecto en ejercicio, y que he intentado proyectar desde mis raíces gaditanas.

Ya en el primer momento, la planteé como un ejercicio escolar, como obra de arte y ensayo, con sentido pedagógico, que en mi caso constituye exigencia de rigor y, como un todo bebido en las fuentes de la propia arquitectura de la ciudad, y siempre bajo el eterno lema goyesco del “todavía aprendo” inscrito al pie de uno de sus últimos y geniales dibujos. Por ello, y en lo que tiene de aventura unida a la exploración del pasado, os he querido traer a esta pequeña charla doméstica todo lo allí urdido, bajo el título de “Una Casa en Cádiz”.

La casa número catorce de la Alameda de Apodaca en Cádiz era una vivienda vivida por gente humilde y estaba subdividida en múltiples apartamentos de gran pobreza y mínima habitabilidad.

Se trata de un edificio entre medianeras, con un solar estrecho y profundo, dando su fachada principal a la citada Alameda, (fig. 1), bellísima faja vegetal para recreo urbano, que se asoma tras larga balaustrada pétreo, a la bahía gaditana y que es uno de los lugares más hermosos de la ciudad. El fondo del solar da a la calle Calderón de la Barca. Ambas fachadas, de muy escaso interés, tienen sin embargo buena calidad resistente con muros de la llamada “piedra ostionera”, extraída del propio subsuelo, como en casi todas las casas del Cádiz antiguo, y que es una roca

del tipo “calcoarenita conchífera” muy bien cementada y de gran capacidad resistente.

El interior de la casa, de pésima calidad arquitectónica y constructiva, tomaba luces a cinco patinillos minúsculos, dispersos y mal encajados. La escalera, miserable, ascendía a una cubierta en terraza, subdividida por las cabezas de los muros, como es lo habitual en la ciudad. Sobre ella, simples cobertizos improvisados, para albergar los lavaderos de ropa de las diversas viviendas.

Se trataba de reorganizar el conjunto conservando en lo posible los muros maestros y convirtiéndolo en una vivienda unifamiliar de lujo y con posibilidades de poder transformarse, en caso de necesidad y con mínimas obras, en seis apartamentos turísticos con accesos independientes, a más de unas áreas comunes.

Se estructuró la casa sobre su base de cinco crujías paralelas; la primera y la última con fachadas a las dos vías exteriores; las subsiguientes, abiertas a la crujía central donde se situaban los dos elementos esenciales de la casa gaditana: el patio, y la escalera, ambos constituyendo un perfecto sintagma arquitectónico, con mutuos intercambios espaciales y conectados por una fachada interior que es al mismo tiempo el elemento decorativo del patio, y el lugar donde se agrupan las escasas columnas disponibles, traídas de Génova como carga comercial y alojadas para equilibrio y contrapeso en la sentina de fondo de los barcos.

El propietario de la casa había hecho acopio, un tanto excesivo, de columnas en derribos y anticuarios y quería colocarlas todas a lo largo y ancho de la casa. Se procuró concentrarlas en los huecos entre el patio y la escalera, ordenándolas según tamaños, y con una intención compositiva, a partir de la planta baja, (fig. 2), donde se labró una serliana, fachada habitual en otras escaleras gaditanas, y organizando el peldañado en tres tramos en torno a un ojo central cerrado por un cuarto tramo horizontal que sirve de comunicación entre los núcleos exteriores a la Alameda, e interiores a la calle trasera, y constituyen las galerías únicas del patio. Este se cierra en sus otros lados por muros con balcones antepechados de corte clásico. (fig. 3), La gran medianera ciega, se decora con falsos huecos y con una fuente mural organizada



Fig. 2



Fig. 3

con un bañera antigua, también de mármol de Génova, y dos brocales también de idéntico acarreo, que se corresponden en el patio con los dos aljibes habituales en las casas gaditanas, uno para reserva de agua de lluvia procedentes de las cubiertas, para consumo humano, y otro de agua marina, del flujo de las mareas, para limpieza y otros usos domésticos.

En otros patios gaditanos de mayor tamaño, y por exigencias de uso, su ojo central se rodea de corredores abalconados que no son lo mejor de su arquitectura, y que aquí se han suprimido porque serían innecesarios y restarían luz y calidad estética al conjunto y se incumpliría la superficie de luz prevista en ordenanzas.

El patio, que en Cádiz suele cubrirse con montera decimonónica, aquí se resuelve con un casetonado plano de cristal pisable que da plena diafanidad a la superficie de la terraza de cubierta y proporciona un mejor aislamiento térmico al interior. La renovación de aire se logra por un elemental sistema de extracción a más de la succión producida por la linterna de la escalera, y el calentamiento mediante suelo radiante, como en toda la casa.

En la planta baja se sitúan, en las dos primeras crujeas el zaguán y la gran biblioteca abierta a la Alameda y que es pieza esencial en la casa de Cádiz. (fig. 4). Cabría hacer un elogio de las bibliotecas gaditanas. A pocos pasos de esta casa visité en múltiples ocasiones a Augusto Conte Lacave, cuando escribía *En los días de Trafalgar*, en el entresuelo-biblioteca de su casa donde vivió enclaustrado toda su vida. Un poco más allá se enfrentaban otras dos bellísimas bibliotecas, una también en entresuelo, la del Casino Gaditano, desde donde mi padre coqueteaba, calle del Veedor por medio, con mi madre, que entonces vivía en la casa en que luego murió José M. Pemán. Todavía otra en una esquina de la Plaza de Mina, propiedad hace años de José Blázquez, preciosa biblioteca con bellas encuadernaciones, ocupando su planta baja, por la carga de los libros. Sus estanterías de caoba de Cuba eran idénticas a las de la casa de mi abuela en Puerto Real, donde viví los primeros veranos de mi vida. La Cádiz ilustrada era rica en bibliotecas públicas y privadas. No se le podía aplicar aquel decir que he oído de tantas ciudades españolas definidas como "... ciudad bravía, con más de dos mil tabernas y ninguna librería..."



Fig. 4



Fig. 5

La de la casa que nos ocupa unificó las dos primeras crujiás mediante sendos dinteles leñosos sobre columnas pareadas con zapatas aparecidas en la misma casa. Este espacio así unificado constituye uno de los más bellos espacios interiores del edificio.

También es tema gaditano en las casas nobles la capilla doméstica, que aquí se sitúa en el eje de la entrada para que el zaguán pueda servir de nave para el público en ceremonias familiares. A la derecha, el agua lustral significada y contenida en la bañera-fuente y en los dos brocales de los aljibes. Enfrente la embocadura de escalera.

En la cuarta y quinta crujiás, a la calle Calderón de la Barca, la cochera y dependencias de servicios, con entrada y luces a la calle trasera.

Las dos crujiás primeras de la planta principal o primera, se han enlazado mediante un gran hueco transversal con dintel columnario y otros dos laterales arcuados y vaciados en los muros para unir los espacios en un gran salón muy rasgado transversalmente al esplendido paisaje, y a las luces reflejas de la bahía. (fig. 5). Su construcción obligó a zunchar con angulares y pletinas metálicas los pilares pétreos para compensar su pérdida de sección resistente y dar máxima capacidad de carga a compresión a su núcleo central. Todo se cierra por el mirador de madera y cristal gaditanos que, con un tratamiento más moderno, constituye elemento fundamental de la fachada principal externa.

El área trasera, a Calderón de la Barca, lo ocupan la cocina, muy abierta al exterior por otro mirador o “cierro”, y un comedor estrecho y largo, formado por una pieza abalconada a la calle y otra igual al patio, enlazadas por un gran vano adintelado que perfora el muro de traviesa.

La siguiente planta, destinada a los tres dormitorios familiares, tiene el que sirve de dormitorio principal abierto por tres vanos y el cierro acristalado a la Alameda. La cama queda entre cuatro columnas como un viejo recuerdo del espacio intimista de las antiguas camas de dosel, pero aquí inspirado en lejanos lechos conyugales envueltos por mosquiteras transparentes en gasas orientales. El cuarto de baño principal lo preside una bañera exenta en el eje de su ventana al patio.

A la otra calle, los dos dormitorios de las hijas. En esta planta los baños quedan también en las dos crujiás internas y



Fig. 6

toman luz y ventilación del patio. En la tercera planta una distribución similar pero con cuatro dormitorios con sus respectivos baños para huéspedes.

Toda la casa se pavimentó con mármoles reciclados que dan a los suelos y peldaños de escalera un bello tono nacarado. Lo más cuidado de la casa y más espectacular son las terrazas de cubierta, donde se ha instalado una gran piscina en la cara de la mar, y un pabellón de invierno con terraza a poniente en la cara de tierra. Todo aparece dominado por dos torrecillas poligonales ochavadas con cúpulas cerámicas. (fig. 6). La inferior para dar luces y ventilación a la escalera, que funciona como patio anejo al principal, y se remata en cupulilla cerámica amarilla, homenaje

a la gran cúpula de Daura en la Catedral gaditana. La del cuerpo alto, tiene calota esférica de cerámica azul, en recuerdo de las mil torres vigía de Cádiz de las cuales esta es la última y que se distingue de las otras, precisamente por los azulejos que la cubren, y que se funden en los colores del cielo y del mar gaditanos.

Los aljibes se han convertidos en bodegas, y “spa” de la casa, que es toda ella un homenaje a la arquitectura neoclásica que la rodea, y con la que pretende integrarse sin menoscabo de novedades surgidas de la actualidad de sus instalaciones, de las pequeñas transformaciones de los miradores de cristal y de sus necesarios aislamientos que han permitido agrandar su intercomunicación con los espacios interiores e introducir en ellos el aire y la luz marinos que todo lo envuelve, en esa “salada claridad” de la eterna Gades.